

Entre líneas

La percepción de lo implícito es importante en las relaciones humanas

JUAN BAS



El testamento es un sorprendente cuento de Nathaniel Hawthorne tan breve que lo puedo transcribir entero sin comerme la columna. Dice así: «Un hombre rico deja en su testamento su casa a una pareja pobre. Esta se muda ahí; encuentran un sirviente sombrío que el testamento les prohíbe expulsar. Este los atormenta; se descubre, al fin, que es el hombre que les ha legado la casa». Es una idea argumental tan buena que parece un despilfarro liquidarla con ese mínimo número de palabras. Podría ser base suficiente para el desarrollo de una novela o del guion de un largometraje. Y sin embargo, esas 44 palabras de la traducción, con solo tres adjetivos (rico, pobre y sombrío), conforman un cuento completo y suficiente. Creo que su mayor virtud es la de ser la punta de un brillante iceberg; que lo que queda oculto, sin escribir y entre líneas, se adivina grande, complejo y sugerente. Quizá Hawthorne si quiso convertir esa inquietante y atractiva idea en un cuento largo y por el motivo que fuera no lo hizo y quedó así, en esa minimalista narración. Quién sabe. Tal y como es, queda a nuestra imaginación lo más interesante: construir la retorcedora personalidad del rico testador y de la psicopatía que lo lleva a ser un sirviente que vive con la pareja para atormentar su vida cotidiana y poder observarlo. Y en segundo lugar, qué sucede cuando la pobre pareja descubre que el torvo criado es su aparente benefactor.

La percepción o el atisbo de lo que está entre líneas lo considero importante en las relaciones humanas de todo tipo y en los análisis de los hechos debidos a la voluntad. A veces solo se intuye y uno duda si lo que ha conjeturado, lo que le parece que hay debajo del comportamiento de alguien o del espacio entre sus palabras, es certero o si se trata de un espejismo, de una invención errada. Como en el caso del cuento, hay lecturas entre líneas que las propicia el emisor de las líneas explícitas, son deliberadas. Otras son ajenas a la sugerencia y solo se deben a nuestra capacidad de deducción. Ambas resultan equívocas y poco concluyentes. Quizá sea por ello que la lectura entre líneas y la ambigüedad que conlleva resulte interesante.

Lo contrario a lo implícito en el interlineado serían esas novelas que lo cuentan todo durante cientos de páginas, sin ahorrar al lector ni una subtrama gratuita ni un fardo de paja, para no contar en definitiva nada valioso. En ellas no hay espacio entre las apretadas líneas. Muchas personas hablan de un modo equivalente: demasiado, con banalidad constante y sin dejar que pase entre líneas más que el viento del desierto.

Las vigas en los ojos

JAVIER ZARZALEJOS

Si algunos que muestran ahora preocupación por la democracia americana dedicaran una fracción de esa alarma a nuestra democracia, las cosas mejorarían

Entre el populismo de izquierda y el de derecha existe una nebulosa tierra de nadie que puede ser cruzada –ha sido cruzada– en muchas direcciones». Quien afirma esto es ni más ni menos que Ernesto Laclau, uno de los grandes patriarcas del populismo junto con su mujer Chantal Mouffe, y padre espiritual reivindicado como tal por los políticos fundadores de Podemos. Laclau escribía esto en su obra 'La razón populista', en la que, sin dejarse nada en el tintero, desarrolla en qué consiste y cómo debe actuar el populismo.

Viene esto a cuento porque el asalto al Congreso de Estados Unidos ha servido para que la expresión antitrumquista de algunos lo convierta de la noche a la mañana en piadosos adherentes a la democracia parlamentaria, horrorizados ante la crispación generada en la sociedad americana. Y no, no deben engañarnos. De la misma manera que se pudo ser antifascista y un perfecto criminal, como Stalin, y se puede ser anticomunista y un perfecto totalitario de signo contrario, se puede ser un acérrimo antitrumquista sin que eso pueda ocultar el llamativo parentesco entre las diversas expresiones del populismo que convergen en esa «nebulosa tierra de nadie» de la que habla Laclau y que, lejos de separarlos, los une. Si los populismos chocan es porque discurren por la misma vía, aunque lo hagan en sentidos opuestos.

Con razón hemos asistido horrorizados y estupefactos a lo que ocurría en el Capitolio mientras aquí merendábamos lo que quedaba de roscón. Nos indigna como demócratas la connivencia del presidente Trump con los asaltantes, hasta el punto de ser acusado con claro fundamento de ser él el instigador de semejante indignidad. Nadie pone en cuestión que se tratara de una «insurrección» o de una «sedición» o de «un acto de terrorismo interno», como lo han calificado, entre otros, el propio presidente electo,



Joe Biden. Se exige un castigo ejemplar a los culpables, empezando por el propio Trump, para que caiga sobre ellos todo el peso de la ley, mientras cunde la preocupación por el futuro de la democracia estadounidense en una –para algunos– repentina toma de conciencia de la importancia de ese gran país que no sólo es económica y militar.

No apartamos la vista de la enorme viga en el ojo americano, creyéndonos por primera vez en la historia moral y políticamente superiores, pero deberíamos ser más prudentes. Si unos cuantos de esos que muestran ahora una preocupación casi agónica por la democracia americana dedicaran una fracción de esa alarma que sienten a preocuparse por nuestra democracia, las cosas mejorarían mucho, entre otras cosas porque veríamos también la viga enorme en nuestro ojo. Por ejemplo, el líder de Unidas Podemos, Pablo Iglesias, declaraba hace unos días que la esencia de la política era el con-

flicto –no la confrontación, el conflicto– y su lanzamiento público consistió en animar a los suyos a «tomar los cielos por asalto» –otra vez el asalto– porque es así como se conquista. Su concepto de la democracia parlamentaria no creo que sea mucho más entusiasta que el de los investigadores de la turba del Capitolio, y su permanente denigración del consenso, empezando por el constitucional, delata su idea de la política como la continuación del conflicto civil por otros medios. Como en el caso de Trump, hemos tenido oportunidad de conocer sus obscenas fantasías sexuales compartidas en animado chat con Juan Carlos Monedero y el tándem ministerial con su pareja Irene Montero en su pequeño Camelot no ha suscitado reparo alguno en sensibilibidades en otros momentos tan dadas a escandalizarse.

Por su parte, sería deseable que esa derecha llamada alternativa, identitaria, populista recapacitara sobre las consecuencias ineludibles a las que conducen esas dinámicas demagógicas e irreflexivas que al final devoran a quienes las ponen en marcha como ha ocurrido con Trump. Sólo un consejo y una opinión. Mi opinión es que Vox debería deshacerse, si es que puede y más pronto que tarde, de todos los préstamos argumentales, ideológicos y estratégicos del trumpismo que estaban presentes en ese repertorio que parte de la «derechita cobarde» –también Trump ha llamado cobardes y débiles a los republicanos que no le han seguido–, sigue con «el consenso progre» y ha terminado por calificar a la Unión Europea como «la Europa soñada por Hitler».

Y un consejo: cuidado con las fotos cuando vayan por ahí. Santiago Abascal se hizo una foto con Salvini y poco después el italiano declaraba su apoyo a los golpistas catalanes; hace unos días salió fotografiado con Ted Cruz, y ahora Cruz esta señalado también por el asalto al Congreso.

La nieve

ROSA PALO



Por algo que lei de pequeña, he creído pensando que los esquimales tienen cien palabras para decir nieve. Y, por algo que he leído de mayor, se me ha caído el mito: parece que, en lugar de los esquimales, son los rusos los que tienen muchos términos diferentes para designarla; cincuenta, al menos. Como no quiero envejecer sumida en otro error recurrente a Maya, rusa perdida, para que me lo confirme. Y lo hace a través de una performance interpretada con tanta viveza,

emoción y abundancia de soplidos hipohuracanados que, de repente, veo a Lara Antipova atravesando la tundra.

En Cartagena tenemos once palabras y una coma para referirnos a la nieve: está nevando, lo que pasa es que no llega a cuajar. La ilusión de vivir en Fargo para los que somos «un limonero enamorado de un abeto», que escribía Ana María Matute. Porque habitualmente, y mientras en toda España hace frío, desde esta esquina del mapa nos dedicamos a pasearnos

por días tan insultantemente cálidos y luminosos que hay mañanas en las que parece una enviada especial a un país tropical. Esta semana, en cambio, soy una columnista de posguerra; escribo con un jersey gordo y una manta sobre las rodillas, y pego la nariz al cristal de la ventana para ver si, efectivamente, lo que cae del cielo es un copo de nieve que se derrite antes de tocar el suelo. Al menos estoy en casa, no como esos pobres reporteros a los que envían a hacer crónicas congeladas, los conductores que permanecen horas atrapados en las carreteras o los pueblos que se han quedado incommunicados. Luego ves a Sergio Ramos sin camiseta bajo el temporal y a la Pedroke en pelotas sobre la nieve y te preguntas cuántas palabras distintas habrá para decir tonto.